

*Estado de Cineta. – Traición de algunos de sus habitantes. – Saco y ruina de esta ciudad por los etolios. – Inacción de Arato.*

Mientras tanto, Aristón, pretor de los etolios, permanecía quieto en su casa, aparentando ignorar lo que ocurría. Manifestaba (año -220) que, lejos de tener guerra con los aqueos, observaba exactamente la paz, conducta a la verdad bien ridícula y pueril. Pues es claro que se acredita de necio y loco quien presume ocultar con palabras lo que publican las obras. Dorímaco, emprendiendo su ruta por Acaya, se presentó de repente frente a Cineta. Esta ciudad, originaria de Arcadia, ardía desde hacía mucho tiempo en grandes e interminables alborotos, hasta llegar a matarse y desterrarse los unos a los otros. Uníase a esto, que existía mutua facultad de robar y hacer nuevos repartos de tierras. Pero finalmente, superiores los que estaban por los aqueos, se habían apoderado de la ciudad, pusieron guarnición en los muros y trajeron un gobernador de Acaya. Tal era el estado de Cineta, cuando poco antes de la llegada de los etolios los desterrados enviaron diputados a sus conciudadanos, rogando les admitiesen a su gracia y permitiesen volver a sus hogares. Los que tenían la ciudad se hallaban inclinados a acceder a sus ruegos, pero enviaron una embajada a los aqueos para efectuar la reconciliación con su consentimiento. Los aqueos no encontraron dificultad con el permiso. Se hallaban persuadidos de que de esta forma se congraciarían con ambos bandos: con los de la ciudad, porque depositarían en ellos todas sus esperanzas; y con los desterrados, porque deberían su bien al asenso de los aqueos. Efectivamente, los cinetenses enviaron la guarnición y el comandante, para concertar la paz y admitir en la ciudad a los prófugos, en número casi de trescientos, tomándoles antes las seguridades que reputan los hombres por más poderosas. Pero éstos, sin esperar a que se presentase causa o pretexto que les diese pie para nuevas discordias, sino todo lo contrario, al instante que regresaron conspiraron contra su patria y libertadores. A mi entender, en el tiempo mismo que juraban sobre las víctimas una fidelidad mutua, ya entonces estaban maquinando la impiedad que habían de cometer contra los dioses y contra los que de ellos se fiaban. Pues lo mismo fue tener parte en el gobierno, que llamar al instante a los etolios y venderles la ciu-

dad, con el fin de acabar del todo con sus libertadores y con la patria que los había criado.

He aquí la audacia y modo con que tramaron la traición. Entre los que habían vuelto del destierro había algunos que obtenían el mando militar, llamados *Polemárcos*. Estos magistrados cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad, guardar las llaves mientras estaban cerradas y hacer la guardia durante el día. Los etolios se hallaban dispuestos y con las escalas preparadas, esperando la ocasión. Un día los desterrados que a la sazón eran Polemárcos, habiendo degollado a sus compañeros en la guardia y abierto la puerta, parte de los etolios penetraron por ella, parte, aplicadas las escalas, forzaron y ocuparon el muro. Los habitantes, atónitos con tal fracaso, no sabían qué hacerse ni qué partido tomar. No podían oponerse a los que penetraban por la puerta, porque les llamaban la atención los que escalaban el muro, ni acudir al muro sin cuidar de los que forzaban las puertas. Esto fue causa de que los etolios se apoderasen prontamente de la ciudad. Entre tantos excesos, como cometieron, éste a lo menos no puede dejar de ser aplaudido; y fue que ante todas las cosas degollaron y robaron los bienes de los que los habían introducido y vendido la ciudad, aunque siguiesen después la misma suerte todos los demás. Finalmente, alojados en las casas, lo saquearon todo, y atormentaron aquellos ciudadanos en quienes sospecharon encontrar oculto algún dinero, alhaja o mueble precioso.

Saqueada de este modo Cineta, levantaron el campo, dejando guarnición para custodia de los muros, y se encaminaron a Lusos. Llegados que fueron al templo de Diana, que se halla situado entre Clítor y Cineta, y los griegos veneran como lugar de asilo, intentaron robar los ganados de la diosa y lo demás que había en torno al templo. Mas la prudencia de los lisiatas, dándoles parte de los ornamentos sagrados, evitó que cometiesen alguna impiedad o sacrilegio inexpiable. Y así, tomando lo que les dieron, partieron al punto y acamparon frente a Clítor.

Para entonces Arato, pretor de los aqueos, había enviado a pedir socorro a Filipo; alistaba la flor de sus tropas, y pedía a los lacedemonios y mesenios las fuerzas que preveía el tratado. Los etolios al principio exhortaron a los clitorios a que, abandonado el partido aqueo, contrajesen con ellos alianza; pero despreciando éstos en redondo su propuesta, les atacaron la ciudad e intentaron escalar sus muros. Los clitorios se defendieron con tanto valor y esfuerzo, que cediendo a la suerte los etolios tuvieron que levantar el sitio y encaminarse otra vez hacia Cineta, donde saquearon y llevaron consigo los rebaños de la diosa. Ellos bien hubieran querido entregar esta ciudad a los elios, pero rechazando éstos recibirla, tomaron la resolución de guardarla por sí mismos, nombrando por gobernador a Eurípidas. Después, por temor del socorro que, según decían, venía de Macedonia, prendido fuego a la ciudad, se retiraron, dirigiéndose otra vez a Rion, de donde tenían dispuesto pasar a su patria.

Taurión, conocedor por una parte de la invasión de los etolios y de los excesos que habían cometido en Cineta, por otra viendo que Demetrio de Faros había aportado en Cencreas desde las islas Ciclades, rogó a este príncipe socorriese a los aqueos, atravesase el istmo con sus bergantines y se opusiese al paso de los etolios. Demetrio, que por temor a los rodios que le venían siguiendo se había retirado de las islas Ciclades con un rico botín, pero con bastante ignominia, asintió a

la propuesta de Taurión, tanto con mayor gusto, cuanto que este príncipe tomaba por su cuenta los gastos del paso de la armada. Efectivamente, habiendo atravesado el istmo cuando ya hacía dos días que lo habían pasado los etolios, se contentó con talar algunos lugares de la costa, y se retiró otra vez a Corinto. Los lacedemonios descuidaron su mala fe en enviar el socorro estipulado, bien que, atendiendo sólo al qué dirán, remitieron alguna caballería e infantería. Arato, acompañado de sus aqueos, se condujo en esta ocasión más como político que como capitán. La consideración y memoria del descalabro precedente le contuvieron en inacción, hasta que Escopas y Dorímaco, efectuado su propósito a medida del deseo, se volvieron a su patria; aunque el camino que llevaban fuese tan estrecho y cómodo para atacarles, que un solo trompeta hubiera bastado para la victoria. Por fin, en medio de los grandes infortunios y contratiempos que los cinecenses padecieron de los etolios, todo el mundo creyó que les estaba bien merecido.